



CAPITULO XXXIII.

Origen de la intervención europea.—Fondean en Veracruz las escuadras aliadas.—Preliminares de la Soledad.—Los aliados ocupan á Córdoba.—Movimiento de tropas en la región cordobesa.—El Ayuntamiento pone á salvo su archivo.—Los ingleses y los españoles se retiran á sus buques.—Almonte y otros emigrados se reúnen en el Potrero y entran poco después á Córdoba.—El general Lorencez decide en Córdoba avanzar sobre la capital.—Medios de que se valió Lorencez para justificar la violación de los Preliminares de la Soledad.—Nota de Lorencez á los Comisarios franceses.—Orden de plaza del 19 de Abril.—Testimonio de M. Niox en contra de Lorencez.—Ataque al Fortín.—Conducta incalificable de los franceses.

El partido conservador no podía conformarse con su derrota, puesto que ella implicaba la consagración por el éxito de las armas, de las ideas de reforma. Dicha inconformidad, agregada á la circunstancia de que el bando vencido no contaba suficientemente con la opinión del país, dió margen á que ese mismo partido comenzase—luego que Juárez ocupó la capital—á tratar de poner en práctica el pensamiento, ya en otra vez nacido, de una intervención extranjera.

La política europea respecto de México favorecía grandemente el proyecto, tanto porque en las naciones de más allá del Atlántico se creía que el partido liberal era hostil á sus intereses, cuanto porque la intervención servía á las miras particulares de algunos gabinetes, principalmente los de Madrid y las Tuillerías. Los trabajos emprendidos por los que deseaban la intervención dieron, pues, fácilmente el resultado que apetecían sus autores. Tomando por pretexto la protección de sus nacionales, los gobiernos de Inglaterra, España y Francia firmaron en Londres, el 31 de Octubre de 1861, una convención por la cual se obligaban á obrar unidas y de acuerdo en la cuestión de México.

Crejóse en un principio que la nación más interesada en la empresa era la España; y así fué en efecto, pero por poco tiempo. El Gobierno mexicano suponía que con Francia é Inglaterra—cuyas dificultades

eran puramente pecuniarias — fuera fácil tener un arreglo. Habiendo sido la causa ostensible de la convención de Londres la ley de 17 de Julio, por la que se suspendían los pagos á los acreedores de la deuda exterior, y existiendo con España otras cuestiones de mayor importancia, parecía que las cosas debían pasar como habían comenzado. Sólo el desarrollo de los sucesos pudo demostrar el error que se cometía en no señalar al emperador de los franceses como el más formal enemigo de nuestra nacionalidad, puesto que hizo predominar sus proyectos particulares sobre los de las otras dos naciones.

Desde que se tuvo la certidumbre de una próxima guerra, el Gobierno procuró allegar los elementos de que más necesidad tenía: por desgracia sus recursos eran bastante limitados. Distintas corporaciones hicieron donativos para contribuir á los gastos de guerra; pero esos auxilios fueron por lo general exiguos. El Ayuntamiento de Córdoba no pudo ofrecer más de doscientos cincuenta pesos en semillas.

El 8 de Diciembre del mismo año se presentó la escuadra española en las aguas de Veracruz; el 17 efectuó su desembarco. Algunos días antes—Noviembre 23—habíase encargado del mando en jefe del cuerpo de ejército mexicano de Oriente, el general D. José López Uruga.

Las escuadras inglesa y francesa llegaron á Veracruz el 6 y 7 de Enero de 1862.

Los plenipotenciarios nombrados por las potencias aliadas expidieron desde luego, con fecha 10 del mismo Enero, un manifiesto á la nación. Poco después enviaron una nota colectiva al Gobierno de la Unión, por medio de la cual hacían reclamaciones vagas, dejando entrever su propósito de intervenir en la política de México al declarar «que la primera cosa que había que hacer era procurar á la República los medios de constituirse de una manera estable.»

Juárez invitó á los plenipotenciarios europeos á una conferencia en Córdoba. Los pasos dados con este motivo condujeron poco á poco, tanto al Gobierno nacional como á los comisarios de las potencias europeas, á celebrar los tratados preliminares de la Soledad (Febrero 19), en virtud de los cuales se abrían negociaciones en Orizaba; entre tanto las fuerzas aliadas ocuparían las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán con sus radios naturales, obligándose á retroceder hasta más abajo de Paso Ancho en el camino de Córdoba y de Paso de Ovejas en el de Jalapa, en el caso de que las citadas negociaciones fuesen rotas.

Casi al mismo tiempo que se verificaba lo anterior, se hacía cargo del mando del ejército de Oriente el general D. Ignacio Zaragoza, quien con fecha 27 de

Febrero comunicó sus instrucciones á las autoridades de las poblaciones que debían ocupar los aliados, previniéndoles en ellas que las tropas fuesen alojadas en los cuarteles del Gobierno, que se hiciese pagar por los aliados los alquileres de otros edificios que ocupasen, que se les cobrasen los abastos, que no se variase en nada la administración y que se evitase en lo absoluto proporcionar bagajes á los referidos aliados.

La región cordobesa había quedado ocupada en la línea del Potrero y Camarón por parte de la Tercera división de las tropas republicanas, puestas á las órdenes del general cuartel-maestre D. Ignacio Mejía; una sección de dichas fuerzas, mandada por el comandante D. José M. Gálvez—quien poco después se pasó á los franceses—estaba encargada de defender las fortificaciones del Chiquihuite. La guardia nacional desocupó con tiempo á Córdoba y se retiró á Coscomatepec con su jefe D. Francisco Talavera, el que abandonó la jefatura política y comandancia militar, haciendo entrega de ellas á D. Rafael Cevallos.

En virtud de los preliminares de la Soledad se convino en que parte de las fuerzas españolas y las inglesas se acuartelasen en Córdoba; las últimas no llegaron sin embargo á salir de Veraacruz.

A pesar de las negociaciones entabladas era de presumirse el rompimiento de las hostilidades, sobre todo por la conducta observada por el ministro francés

Saligny. Ante esta posibilidad el Ayuntamiento pensó poner á salvo su archivo, tarea que encomendó al regidor primero D. Modesto Herrera y al secretario del Cabildo D. Manuel Muñoz Guerra (1).

La previsión de un próximo rompimiento no tardó en convertirse en hecho: la triple alianza fué disuelta el 9 de Abril en Orizaba, á consecuencia de lo cual se retiraron los ingleses y españoles, á la vez que los franceses se disponían á llevar á cabo las miras bastardas de Napoleón III.

Con anterioridad á estos sucesos (Marzo 1.º) se había permitido el desembarco de D. Juan N. Almonte y D. Antonio de Haro y Tamariz, quienes volvían al país amparados por las fuerzas intervencionistas. A dichos personajes se agregó el P. D. Francisco J. Miranda y luego D. Antonio Taboada, quien llegó á Córdoba el 23 de Marzo, después de haber escapado de la persecución que le hicieron las tropas republicanas, las cuales hubieron de contentarse con fusilar á su compañero de fuga el general Robles Pezuela. Todos los citados individuos se unieron á Almonte, que se encontraba en la hacienda del Potrero.

Los comisarios inglés y español dirigieron en la

(1) Archivo municipal.—D. Modesto Herrera conservó el Archivo en su poder por más de un año (de Abril de 1862 á Agosto de 1863), salvándolo de los invasores, hasta que denunciado á las autoridades francesas se le obligó á restituirlo, no sin hacerle víctima de vejaciones que precipitaron su muerte por hallarse enfermo cuando se hizo la denuncia.

misma fecha una nota á sus colegas, en virtud de la cual celebraron una conferencia en la que se acordó que Almonte, Haro, Miranda, Samaniego y otros emigrados volviesen á Veracruz. En su consecuencia el general Lorencez—que ya por entonces se había hecho cargo del mando en jefe de las fuerzas de tierra francesas—ordenó el regreso de Almonte y sus compañeros, más á poco revocó la orden.

D. Juan N. Almonte continuó, pues, avanzando, hasta hacer su entrada á Córdoba escoltado por un batallón de cazadores franceses, cuya columna atravesó la ciudad para ir á acampar á la plazuela de San José (1). El comandante militar sustituto D. Antonio Real pidió en el acto á los jefes franceses la entrega de los emigrados, contestando aquellos que no podían efectuarla por venir los reclamados bajo el amparo de la bandera francesa.

El Gobierno general pidió también el reembarco de Almonte, Haro, Miranda y compañeros, por medio de una nota de Abril 3 del ministro de Relaciones D. Ma-

(1) El general Prim escribió al almirante Jurien de la Gravière sobre este motivo, diciéndole entre otras cosas, que “el acto de conducir los emigrados políticos al interior del país, para que organicen en él la revolución que deberá derribar un día su gobierno existente, así como su sistema político actual, semejante acto cuando avanzáis como amigos y cuando esperáis el plazo marcado para abrir conferencias, no tiene ningun ejemplo, y me ha llenado de asombro” (La Intervención Francesa en México por Clemente Duvernois).

nuel Doblado. La discusión de la respuesta que debía darse á esta nota dió por resultado la ruptura de la alianza, que antes mencionamos, cuya ruptura fué debida á que el francés se negó al reembarco de los emigrados pedido por Doblado, conducta que no fué aprobada por el Conde de Reus ni por Sir Charles Wyke, por considerarla como una violación de los Tratados de Londres y de los Preliminares de la Soledad.

Las fuerzas española é inglesa retornaron en consecuencia á sus buques y la francesa ofreció repasar el desfiladero del Chiquihuite conforme á lo pactado, cosa que no llegó á efectuarse.

El Presidente Juárez expidió el día 12 del mismo mes de Abril una proclama exitando el patriotismo de los mexicanos; publicó igualmente un decreto por el que se declaraba en estado de sitio las poblaciones ocupadas por los franceses, desde el momento en que éstos rompieran las hostilidades.

Los plenipotenciarios franceses dieron á luz en Córdoba, el día 16, un manifiesto en que comenzaban por asegurar que no habían venido al país á tomar parte en sus disenciones intestinas, sino á hacerlas cesar, y concluían por declarar la guerra al gobierno que se había dado la nación por la voluntad de la mayoría de sus nacionales. Al siguiente día D. Juan N. Almonte creyó oportuno publicar por su parte otro ma-

nifiesto, en el que encomiaba sus intenciones propias y las del emperador francés, encaminadas á fundar en México un gobierno nacional de verdadera moralidad y orden, según decía. En ese mismo día Saligny mandó fijar en los parajes públicos, unos carteles que contenían la declaración de guerra.

Desde los primeros días de Abril se dijo que Lorenz no retrocedería de Córdoba, en donde se había detenido, sino que desde dicho punto avanzaría sobre la capital que creía muy fácil tomar. Habiendo llegado la especie á oídos del general Zaragoza, dudó al principio de la veracidad del rumor y aun lo creyó infundado; mas al énter al Ingenio, en su marcha hacia Orizaba, varió de opinión, pues además de saber que en la citada ciudad algunos reaccionarios trataban de hacer un pronunciamiento, estimulados por los comisarios franceses, supo también tanto por noticias privadas cuanto por documentos oficiales "que una partida de tropas francesas se había dirigido á Coscomatepec, previniendo á la autoridad local que negase todo auxilio al gobierno y al ejército constitucional." Sabía además que en Orizaba había un regular número de soldados franceses, armados, quienes con el pretexto de estar enfermos permanecían en el Convento de San José de Gracia, dispuestos á favorecer el pronunciamiento antes citado. Zaragoza reclamó á los franceses por la permanencia en Oriza-

ba de tropa armada, pero habiéndosele asegurado que eran convalecientes, se conformó con la explicación; el general Lorenz se valió, sin embargo, de la comunicación del general Zaragoza para legitimar su conducta, torturando para ello el significado de la citada comunicación, pues hacía aparecer á los soldados franceses residentes en Orizaba como expuestos á un atentado que le era preciso evitar. (1)

Grosero por demás es el ardid de que se valieron los franceses para no retroceder hasta donde estaban obligados por el Convenio de la Soledad. Nosotros no podemos hacer nada mejor para conseguir apreciar en lo que valen los actos de Zaragoza y Lorenz, que reproducir el siguiente extenso pasaje de "México á través de los siglos."

"Preciso es advertir que la nota de Zaragoza (2),

(1) *José M. Vigil.* Op. cit.

(2) La comunicación del general Zaragoza dice así:

"Aunque los señores Comisarios de Francia han sido los primeros en romper los preliminares de paz ajustados en la Soledad el 19 del próximo pasado Febrero, por un mero deber de humanidad permito que los enfermos del ejército de aquella potencia existentes en Orizaba, permanezcan en el hospital; mas ellos están seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano, y no hay necesidad por tanto de que los custodie fuerza alguna de sus nacionales: espero, pues, que S. E. el general en jefe de las tropas francesas residentes en Córdoba, mande retirar la escolta á que me refiero, protestándole las seguridades, etc."

(Tomada de «México á través de los siglos.»)

según refiere M. Niox, tuvo por origen que estando en Orizaba al ser trasladados de un hospital á otro trescientos setenta soldados franceses enfermos que habían quedado, vió que algunos de ellos, convalecientes ya, atravesaron la ciudad con sus armas, y creyó que se había dejado una guardia en el hospital; pero á consecuencia de explicaciones que se le dieron el día siguiente, manifestó al médico el sentimiento que le causaba aquella equivocación, y expresó la esperanza de que el general Lorence, consideraría su carta como resultado de un error involuntario. Repitió, por lo demás, que los enfermos estaban bajo la protección de la humanidad, fuera de las querellas de partido á partido ó de pueblo á pueblo, y que no había nada que temer por ellos. El prefecto de Orizaba había hecho ya la misma declaración, asegurando que “en el caso del todo improbable de un ataque de parte de la población ó de una fuerza armada cualquiera, estaría el primero en mandar de ellos para hacer frente al peligro . . . que todas las autoridades mexicanas se acordarían siempre, como él mismo, de los socorros prestados por los cirujanos franceses á los heridos de San Andrés (1).” Sea como fuere, la verdad es que ni la comunicación del general Zaragoza podía inspirar temor

(1) Carta de M. Colson, médico en jefe, al general Lorence (Nota de «México á través de los siglos»).

alguno sobre la suerte de los soldados enfermos, ni la respuesta del general Lorence indicaba que tal temor hubiese ocupado su ánimo al extremo de olvidar lo pactado en los preliminares y cometer una nueva violación marchando sobre Orizaba en vez de retroceder á Paso Ancho, como estaba convenido. Sin embargo, el mismo día 19, puso en conocimiento de los Comisarios franceses su resolución de avanzar, por medio de la siguiente nota: “Al colocarme á la cabeza del cuerpo expedicionario de México, S. M. el Emperador me ha confiado el cuidado de dirigir las operaciones militares y de garantizar la seguridad de sus tropas.—Después de haber tenido conocimiento de las estipulaciones de la convención de la Solemnidad, ratificada por la comisión de las tres altas partes contratantes, había debido tomar todas las disposiciones necesarias para concentrar mis tropas en Paso Ancho, luego que el ejército español hubiera ejecutado su movimiento retrógrado.—El asesinato de tres soldados franceses en los alrededores del campo, no me parecía aún motivo suficiente para considerarme desligado de la estricta ejecución de una convención firmada por los representantes de Francia; esos atentados no son, sin embargo, más que la consecuencia del decreto dado el 25 de Enero por el gobierno de Juárez, que nos pone fuera de la ley, asimilándonos á los piratas, decreto injuriosamente

“mantenido después de la firma de los preliminares.
“—Pero la situación de Veracruz, rodeada de numerosas guerrillas y reducida al estado de sitio, me parecía ya una violación de los preliminares de parte de los mexicanos, cuando he recibido esta noche del señor general Zaragoza una *nota oficial*, por la cual me informa que considera una parte de los enfermos dejados en Orizaba, y que han entrado después en convalecencia, como una guardia puesta para seguridad de mi hospital, y reclama contra esa supuesta medida.—En presencia de una *declaración de tal naturaleza*, tengo motivo para temer que nuestros enfermos no puedan ya contar con la protección que se les había asegurado por la convención de la Soledad, y que se les considere como rehenes, dejados con demasiada confianza en manos del enemigo. Mi deber es marchar en su auxilio sin pérdida de tiempo, porque habrá imprudencia de mi parte en dejarlos expuestos á los *excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos*.—Tengo, pues, la honra de informaros que en virtud de los poderes militares que me han sido confiados, me pondré esta misma tarde en marcha sobre Orizaba.—No me quedan más medios de favorecer á vuestra seguridad personal, que invitaros á que os reunáis con el ejército en el movimiento que va á ejecutar.”

En la orden del día publicada en la misma fecha

en que fué redactada la anterior nota, aparecían los siguientes conceptos calumniosos: “A pesar de los asesinatos cometidos en vuestros camaradas y el estímulo que á esos atentados prestan las proclamas del gobierno mexicano, yo quería permanecer fiel hasta el último momento al cumplimiento de las obligaciones contraídas por los plenipotenciarios de las tres potencias aliadas; pero acabo de recibir del general Zaragoza una carta por la cual la seguridad de nuestros enfermos dejados en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones está indignamente amenazada. En presencia de semejantes hechos, no hay que vacilar: marchemos sobre Orizaba en auxilio de nuestros camaradas, amenazados de un cobarde atentado; marchemos en su auxilio al grito de ¡viva el Emperador! (1)”

Todas estas expresiones encaminadas á desacreditar á México, no eran más que un torpe medio usado por Lorencez para excusar su propósito, concebido con anterioridad, de burlar la convención de la Soledad. He aquí á este respecto el testimonio del escritor francés M. Niox:

“Desde el 8 de Abril el general Lorencez aguardaba en Córdoba con una viva impaciencia el momento de comenzar las hostilidades; reunida en su derredor

(1) «México á través de los siglos.»

se hallaba la mayor parte del cuerpo expedicionario; tenía, sin embargo, algunas tropas escalonadas en el camino de Veracruz, en el Potrero y en la Soledad. Habiéndose presentado en este último punto el vómito, que reinaba en la tierra caliente, mandó luego el general L' Heriller, del 99 de línea, que ocupaba dicho lugar, orden de ir á reunírsele en Córdoba, dejando sólo una guardia que cuidase de la ambulancia; pero las exigencias políticas le obligaron á dar contraorden y á detener la columna en Paso Ancho. El general Lorencez consideraba con extremada inquietud las consecuencias que podría tener en la salud de sus soldados la concentración en aquel punto de seis mil hombres y cerca de cuatro mil animales, comprendidos los del convoy, en una época del año en que no se encuentra suficiente cantidad de agua. *Bajo las apremiantes instancias del almirante, mostrábase, sin embargo, resignado á conformarse con la cláusula de la convención de la Soledad, que le imponía la obligación de retrogradar más allá del Chiquihuite, y esta condición había venido á ser todavía más dura desde que las conferencias de Orizaba le obligaban á aguardar la retirada de los españoles (1)."*

Se ve por ésto que *resignado* por un momento el

(1) «L' élévation et la chute de l'empereur Maximilien.»

general Lorencez á acatar la convención, juzgó más prudente después burlar la palabra empeñada, como único medio de evitar un desastre.

Entretanto el general Zaragoza, que ignoraba lo que acontecía en el campamento francés, había ordenado la conveniente distribución de sus tropas para luego que el general Prim, detenido en espera de transportes, desocupase á Orizaba. En esa distribución de tropas figura una sección de cuarenta hombres, al mando del coronel D. Félix Díaz, la cual fué enviada al Fortín á guarnecer el punto. Pocas horas después de la llegada de Díaz al Fortín (19 de Abril) se presentó el pelotón de vanguardia de una columna francesa, mandada por el capitán de Estado Mayor Capitán. "Inmediatamente mandó el coronel Díaz á un oficial con el fin de manifestar al jefe francés la orden que tenía de defender el punto; pero la columna continuó sin que aquel diese oído al oficial mexicano. En ese momento apareció en el camino la carretela que conducía á la esposa del general Prim, acompañada del brigadier Miláns del Bosch; el coronel Díaz pidió á éste que explicase á los franceses la posición que guardaba; hizolo así, pero viendo que tardaba y deseando saber la contestación, fué el mismo Díaz al lugar en que el brigadier estaba hablando con el jefe enemigo, y notando á su vez que se pro-

longaba la separación del coronel mexicano, se adelantó un sargento con algunos soldados. Al ver esto, los cazadores de Africa se arrojaron sobre ellos, desarmándolos y haciéndolos prisioneros, y lo mismo habrían hecho con el coronel Diaz, si Miláns del Bosch no le hubiese protegido, diciendo que era un oficial que iba allí con objeto de conducirlo fuera del campamento. Sin más detenerse, los franceses atacaron la posición, que fué fácilmente tomada, pues los mexicanos, inferiores en número y armamento, y sorprendidos por aquella brusca maniobra, tuvieron que retirarse después de una corta resistencia, dejando en poder del enemigo cinco muertos y algunos prisioneros (1).“ El coronel Diaz se retiró herido á Coscomatepec.

El general Lorencez se había decidido al fin á cometer la mayor de las perfidias, cuyo recuerdo queda en los anales de Córdoba como una triste muestra de lo que valía para los secuaces de Napoleón la fe de los tratados (2).

(1) *José M. Vigil.* Op. cit.

(2) «Esta violación de los tratados no admite disculpa. Si los mexicanos hubieran querido, en efecto, asesinar á los franceses enfermos, nadie se los impedía mientras que las tropas avanzaban de Córdoba á Orizaba; y esta marcha, por lo mismo que era una violación de los tratados, podía, por el contrario, engendrar el mismo peligro de que el general Lorencez fingía libertar á sus soldados.» (*C. Duvernois.* Op. cit.)



CAPITULO XXXIV.

Pronunciamiento de Almonte.—El general la Llave ocupa el Chiquihuite.—Es batido por el coronel Hennique.—Campaña de los guerrilleros.—Acto de barbarie cometido con el cadáver de uno de ellos.—Dificultades que oponían al paso de los convoyes.—El coronel Quezada derrota en el Fortín á una fuerza de franco-tiradores.—Instalación del ayuntamiento intervencionista.—Llegada del general Forey.—Anulación del gobierno de Almonte.—Banquete ofrecido á Forey.—Primeros actos del mismo general.—Combate en Camarón.—Conducta noble del coronel Milán con los prisioneros.—Declaración del imperio.—Situación penosa de Córdoba.—Reglamento para la portación de armas.

En seguida del ataque del Fortín las fuerzas francesas avanzaron sobre Orizaba, la cual ocuparon inmediatamente.

En los momentos en que se verificaba el primer encuentro entre las tropas republicanas y las enviadas